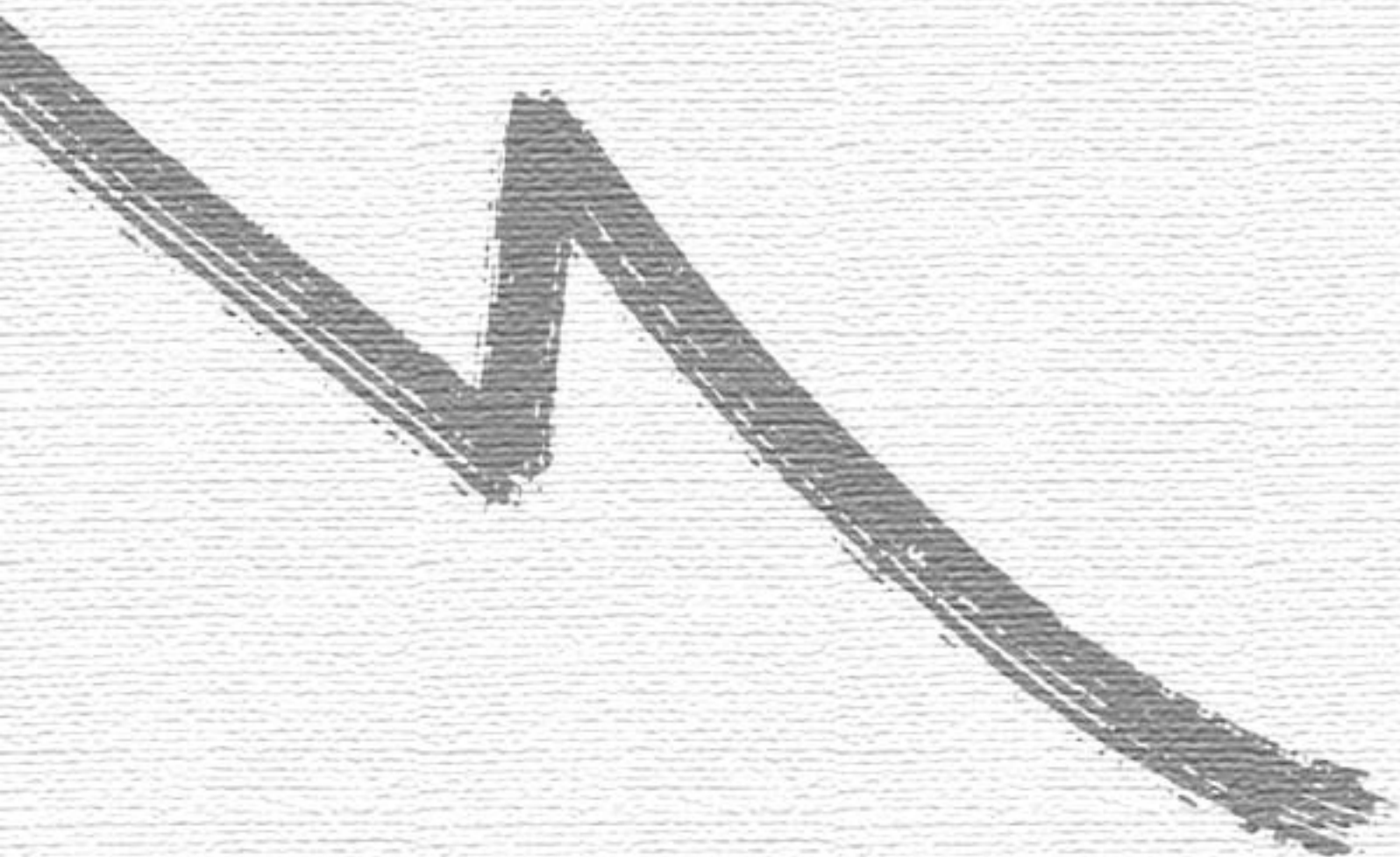


# El hundimiento del Titanic



Hans Magnus  
Enzensberger

# El hundimiento del Titanic

Comedia

Hans Magnus Enzensberger

Editorial Anagrama, Barcelona, 1986  
Traducido por Heberto Padilla con la colaboración de  
Hans Magnus Enzensberger y Michael Faber-Kaiser

Título original:  
*Der Untergang der Titanic*  
Suhrkamp Verlag, Frankfurt/Main, 1978

La paginación se corresponde  
con la edición impresa

Letra e

*A Gaston*

## Canto primero

Hay alguien que escucha muy cerca de aquí,  
espera, retiene el aliento.

Dice: Es mi voz la que habla.

Nunca más, dice él,  
va a estar todo tan tranquilo,  
tan seco y cálido como ahora.

Se escucha a sí mismo  
en su cabeza burbujeante.

Dice: No hay nadie más

aquí. Esta tiene que ser mi voz.

Espero, retengo el aliento,  
escucho. El rumor distante

en mis oídos, antena  
de carnes suaves, no significa nada.

Es tan sólo el latido

de la sangre en las venas.

He esperado mucho tiempo  
con el aliento retenido.

Rumor blanco en los auriculares  
de mi máquina del tiempo.

Sordo zumbido cósmico.

Ni un sonido, ninguna llamada de auxilio.

La radio permanece muda.

O éste es el fin,

me digo, o es que  
ni siquiera hemos comenzado.  
¡Aquí, sí! ¡Ahora!

Se oye un rasguído, un crujir, algo  
que se desgarrá. Aquí está. Una uña helada  
que araña la puerta y se queda quieta.

Algo cruje.  
Un lienzo largo e interminable,  
una inmaculada tela blanca

que se desgarrá, lentamente al principio  
y luego más y más de prisa,  
se rasga en dos pedazos con un silbido.

Esto es el principio.  
¡Escuchad! ¿No lo oís?  
¡Agarraos bien!

Y regresa el silencio.  
Sólo se oye un sutil tintineo  
en los aparadores,

el temblor del cristal,  
más y más tenue  
hasta desaparecer.

¿Quieres decir que  
eso fue todo?  
Sí. Todo pasó.

Eso fue sólo el principio.  
El principio del fin  
es siempre discreto.

A bordo son ahora  
las once cuarenta. Hay una grieta  
de doscientos metros

en el casco de acero,  
bajo la línea de flotación,  
abierta por un cuchillo gigantesco.

El agua corre  
hacia las escotillas.  
Emergiendo treinta metros,

el iceberg pasa silencioso,  
se desliza junto al barco resplandeciente,  
y se pierde en la oscuridad.

## Canto II

Fue muy ligero el golpe. Primer mensaje por radio:

*Hora 00:15. Mayday. Llamada general. Posición 41° 64' Norte  
50° 14' Oeste.* ¡Realmente fabuloso, este Marconi!

Un tic tac en la cabeza, en el auricular, inalámbrico,  
y no obstante lejano, muy lejano, ¡a más de medio siglo!

Ni sirenas ni campanas de alarma, simplemente  
unos golpes discretos contra la puerta de la cabina,  
tosecillas en el salón de fumar. Sobre el puente D, mientras  
abajo el agua sube, el *steward* ata los cordones de las botas  
a un viejo caballero quejumbroso vinculado  
a las máquinas herramienta y a la industria metalúrgica.

¡Damas mías, coraje! ¡Que no os consuma la fatiga!

¡Al galope!, exclama el señor McCawley, profesor de gimnasia,  
atravesando el gimnasio artesonado,  
impecable como siempre con su traje de franela.

Dromedarios mecánicos oscilan mudos y cadenciosos.

Nadie sospecha que este hombre infatigable padece de una úlcera de  
[estómago,

que no sabe nadar, que tiene miedo. John Jacob Astor,  
por su parte, hunde su lima de uñas en un salvavidas  
para mostrar a su esposa (de soltera Connaught)

lo que contiene (probablemente corcho) mientras penetra  
el agua a chorros en la bodega de proa y su helado turbión  
gorgotea entre las sacas del correo, se filtra en los  
pañoles. Los músicos, de uniforme immaculado,  
interpretan *Wigl Wagl Wak my monkey*,

un popurrí de «The Dollar Princess».

Todos al Metropol. La loca alegría del loco Berlín.

Solamente allá abajo, allá donde como siempre  
se comprende primero,

agarran a toda prisa los bebés,

petates y edredones rojos. La chusma

del entrepuente no habla inglés ni alemán, pero hay algo que no requiere explicación:  
que a la primera clase le toca el primer turno y que nunca hay botellas de leche suficientes, ni zapatos ni botes salvavidas para todos.



## *Apocalipsis. Escuela umbría, hacia 1490*

No es joven ya, suspira,  
saca un gran lienzo, medita,  
discute tenaz y largamente con el cliente,  
un carmelita avaro llegado de los Abruzzos.  
Prior o superior. Ya comienza el invierno.  
Crujen las articulaciones de sus dedos, crujen las ramas  
en la chimenea. Suspirando imprimirá el lienzo,  
lo dejará secar, y lo imprimirá de nuevo,  
bosqueja de prisa sus figuras  
en cartoncitos, simples esbozos que destaca  
con blanco de plomo.  
Vacila, tritura los colores, los deja unas semanas.  
Y un buen día, tal vez el miércoles de Ceniza  
o el día de la Candelaria, al despuntar el alba,  
moja el pincel en sombra calcinada:  
hará un cuadro sombrío. ¿Por dónde comenzar  
cuando se quiere pintar el fin del mundo?  
Conflagraciones, islas a la deriva, relámpagos  
y torres y almenas y pináculos cayendo con tanta lentitud.  
Cuestiones técnicas, problemas de composición.  
Destruir todo un mundo es difícil tarea.  
Muy arduos de pintar son los sonidos, por ejemplo,  
el de la cortina rasgada en el templo,  
el mugir de las bestias, el trueno; pues todo  
debe desgarrarse o ser desgarrado,  
todo menos el lienzo. Y no puede haber dudas  
sobre el plazo de entrega: a más tardar para Todos los Santos.  
Es necesario que, al fondo, el mar impetuoso una y mil veces  
sea matizado con verdes destellos espumosos,  
atravesado por mástiles  
y los barcos hundiéndose verticalmente, naufragios,  
mientras afuera, en pleno mes de julio, ni un perro

cruzará la plaza polvorienta.

El pintor se ha quedado solo en la ciudad,  
sin mujeres, sin discípulos ni sirvientes.

Parece fatigado, quién lo hubiera creído,  
mortalmente fatigado. Todo es ocre, sin sombra,  
todo petrificado, fijo en una suerte de  
eternidad maligna; salvo el cuadro, que va  
adquiriendo forma, que se va ensombreciendo poco a poco,  
que se inunda de sombra, gris acero, gris lívido,  
gris tierra, violeta pálido,  
caput mortuum; que se llena de diablos, de jinetes,  
de masacres, hasta que el fin del mundo quede culminado.

Y el pintor,

por un instante reanimado,

absurdamente alegre como un niño,

como si le hubiesen regalado la vida,

invita esa misma tarde

a mujeres y niños, amigos y enemigos,

a disfrutar de su vino, sus trufas frescas y sus becasas,

mientras desde fuera llega el rumor de la primera lluvia del otoño.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

